

MIGUEL GIUSTI
RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA
(EDITORES)

UNIVERSIDAD Y NACIÓN

Capítulo 1



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Universidad y nación

Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha (editores)

© Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha, 2013

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-11642

ISBN: 978-612-4146-48-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501361300637

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

UNIVERSIDAD, NACIÓN Y NACIONALISMO

Benedict Anderson*
Cornell University

El gran historiador marxista del «mundo moderno», Eric Hobsbawm, escribió alguna vez que durante las históricas y mundiales revueltas de las revoluciones francesa y estadounidense, las universidades casi no jugaron ningún rol. Pero luego dijo que durante el *annus mirabilis* de 1848, cuando los movimientos «nacionalistas» de muchos lugares de Europa se rebelaron contra las dinastías imperiales, las universidades, y en particular los estudiantes, aunque aún pocos, sí jugaron un rol crucial. Según sus cálculos, se trataba de una población de estudiantes de cerca de 48 000 alumnos, más o menos el número de estudiantes de bachillerato que reúne cualquier gran universidad pública estadounidense. Encontramos también en el trabajo inicial de Habermas sobre el nacimiento en el siglo XVIII de la esfera pública —que sentaría las bases para las democracias modernas— que las universidades casi no eran relevantes. Los semilleros se ubicaron en los clubes ciudadanos, en los cafés y en imprentas legales y subterráneas que ponían en circulación periódicos, diarios, folletos, caricaturas, así como frecuentes e injuriosos ataques a los gobernantes.

* Traducción del inglés de Sol García Belaunde.

Quisiera mencionar un maravilloso comentario de Pedro Calosa, quien en la década de 1930 lideró una valiente aunque inútil rebelión rural armada contra los líderes estadounidenses de las Filipinas. Entrevistado en el decenio de 1960, dijo con cierta satisfacción que antaño «no existían adolescentes». Quería decir que en la época de la rebelión casi todos los chicos terminaban la escuela a los dieciséis años y entraban a trabajar. En esa etapa solo había dos o tres universidades a las que asistían, principalmente, los hijos de la pudiente oligarquía.

Quisiera comenzar con algunos comentarios sobre mi experiencia como un estudiante de pregrado con una «beca» para minorías en la Universidad de Cambridge, de 1954 a 1957. Cambridge era todavía un lugar anticuado y calladamente conservador, en el que hombres jóvenes de origen «aristocrático» y de clase media alta (aún eran pocas las mujeres que estudiaban allí) disfrutaban durante tres años de una vida relajada, divertida, alcoholizada y apolítica. En el Reino Unido no había, prácticamente, activismo estudiantil. Las Ciencias Políticas estaban lejos del horizonte de la Facultad, recién se empezaba a enseñar Sociología y la Antropología, como ciencia social, apenas superaba los veinte años. Se enseñaba la historia de Gran Bretaña, su imperio y sus enemigos europeos. Solo los estudios de Economía tenían una tradición fuerte y activa. No me resultó especialmente sorprendente que los exámenes finales que rendí para obtener el grado de bachiller en Lenguas Clásicas y Literatura fueran más fáciles que los que rendí tres años antes para ganar la beca para estudiar en Cambridge. Rara vez iba a clases, leía lo que me gustaba y a nadie parecía molestarle. Nunca consideré la idea de hacer una maestría, mucho menos un doctorado. Casi ninguno de mis profesores había considerado esa idea tampoco.

Sin embargo, sí llegué a estar politizado, pero por accidente. Un día, en 1956, en plena crisis del Canal de Suez, vi a un grupo de estudiantes de piel oscura, evidentemente indios y ceilaneses, protestando

en uno de los jardines de la universidad. Me detuve para escucharlos, simplemente por curioso, cuando un grupo de jugadores ingleses de *rugby* empezó a golpear a los manifestantes, cantando a gritos *Dios salve a la Reina*. Estúpidamente intenté detenerlos, logrando que me quitaran los lentes de la cara y los hicieran añicos. Estaba indignado casi hasta las lágrimas. La universidad no era responsable de esto, salvo por el hecho de aceptar a demasiados jóvenes y ricos deportistas con mentalidad racista y reaccionaria. La rabia que estos estudiantes sentían surgía del fracaso de la guerra del conservador Primer Ministro Anthony Eden (aliado con Israel y Francia) contra el dictador militar egipcio Gamal Abdul Nasser y de la negativa del presidente Eisenhower de rescatarlo. Pero detrás de esto existía también la vaga conciencia de que el gran imperio británico estaba en un fuerte declive, se había perdido la India y Ceilán. No les importaba en lo más mínimo la retahíla de evidentes mentiras presente en los discursos de Eden en ese entonces.

¿Podría decirse que Oxford y Cambridge eran «nacionalistas» en esa época? En realidad no, por dos grandes razones. La primera es que nunca fueron entidades del Estado. No se encontraban en el Londres político y durante siglos fueron manejadas por el clero. La segunda es la peculiaridad del Reino Unido como un Estado monárquico no-nacional. Incluso actualmente, el título completo, «Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte», no hace referencia a ninguna nacionalidad, simplemente al territorio. Tras la invasión franco-normanda de 1066, el trono pasó sucesivamente de normandos a galeses, escoceses, holandeses y alemanes; no a ingleses. Por ello, hasta años recientes, el nacionalismo de la «pequeña Inglaterra» ha sido prácticamente invisible. Sujetos a la ideología del *imperio*, los regímenes británicos promovieron un concepto abstracto de *lo británico*, especialmente luego de las guerras napoleónicas.

Sin embargo, también podemos encontrar casos de universidades, incluso del tipo de universidad imperial «Oxbridge»¹, que tienen un poderoso efecto estimulador sobre los nacionalismos. La América gobernada por el imperio español sirve de arquetipo para esta conexión entre universidad y nacionalismo. A inicios del siglo XVIII, más y más jóvenes criollos (y algunos mestizos) eran enviados a España por unos años a ser «civilizados» y a adquirir buenos contactos en Madrid. No tomó mucho tiempo para que los peninsulares se quejaran de sus actitudes mujeriegas, de su «mal» español y de su «sangre» racialmente contaminada. Se les empezó a llamar despectivamente *americanos*, lo que significaba que no eran considerados «verdaderos españoles». Fuera de esto, en la España metropolitana no era importante si estos jóvenes venían de Santiago, Cartagena, Buenos Aires o Ciudad de México. Tampoco importaba el estatus social que tuvieran en su ciudad de origen. Por tanto, en dicho país muchos de estos jóvenes empezaron a identificarse colectivamente como *americanos*. Cuando, en 1810, la ola revolucionaria nacionalista surge en Hispanoamérica, resulta significativo que los mexicanos se llamaran a sí mismos *nosotros los «americanos»* (no mexicanos) y a la madre patria *nuestra América* (no México), aunque ya no estuvieran en España, sino en una amplia región de distintas unidades administrativas, climas, costumbres, etcétera. Los americanos incluían a peruanos, venezolanos, entre otros.

La formación de *americanos* se dio en un momento en que las universidades españolas, las pocas existentes, estaban controladas por el clero y eran, en general, oscurantistas. Es decir, no eran muy importantes. Pero en la década de 1870, España empezó a autorizar que habitantes de las pocas colonias que aún le pertenecían se matricularan para estudiar en la Península Ibérica. La mayoría de ellos eran *criollos*, pero también había mestizos de distintos tipos. Cuando, en 1872, el padre

¹ Sobrenombre que designa al conjunto de las universidades de Oxford y Cambridge en contraposición a otras universidades británicas. El término suele usarse para referirse al elevado estatus social de dichas casas de estudios y de sus alumnos (nota de editor).

fundador de las Filipinas llegó a estudiar a la Universidad de Madrid, quedó asombrado por la ignorancia de sus compañeros peninsulares de estudios, quienes le planteaban preguntas como ¿Manila está muy lejos de las Filipinas? o ¿su país está gobernado por Inglaterra o España? El comentó amargamente: «Pobre país, nadie sabe nada sobre ti».

El siguiente descubrimiento fue que importantes datos estadísticos, identificaciones étnicas, lingüísticas y raciales no tenían ningún significado en la metrópoli. Así, sus coterráneos eran llamados condescendentemente «filipinos» por los españoles peninsulares, muy al estilo *americano*, que significaba «hombres de las Filipinas», con un «mal español», color de piel oscura, costumbres alimenticias extrañas, etcétera. Esto resultaba muy chocante porque además, en esa colonia desde la época de los Habsburgo, los únicos llamados *filipinos* (legalmente, además) eran los españoles nacidos por accidente en el archipiélago, fuera de la verdadera España. Pero hubo una rápida reacción a esto, en los campus universitarios, siguiendo el ejemplo de los *americanos* del siglo anterior. José Rizal detalla esto en una famosa carta en la que escribió que aunque entre ellos sabían que algunos eran criollos, algunos mestizos españoles, otros mestizos chinos, ante los españoles todos proclamaban ser filipinos (Anderson, 2005, p. 62). En relación a esta frase, podemos aplaudir al gran historiador Lord Acton, quien, a fines del mismo siglo XIX, argumentó que el nacionalismo siempre empieza en el exilio. En las Filipinas, en esa época, *filipino* aún significaba simplemente criollo.

¿Y las universidades? La primera razón por la que fueron tan importantes para el crecimiento del nacionalismo filipino fue porque en esa época casi todos los filipinos en España, ya fuera en Madrid o en Barcelona, eran estudiantes hombres, compartían un estatus común nivelador, estudiaban en las mismas aulas y leían los mismos textos. A pesar de que a menudo discutían entre ellos, formaban un colectivo íntimo, aún imposible de imaginar en casa. La segunda razón fue el gran cambio en la cultura de las universidades, no solo en España sino en toda Europa.

Rizal nuevamente señala este fascinante fenómeno. En 1884, en su universidad, el profesor de Historia, Miguel Morayta, quien era además Gran Maestro de la Francmasonería Española, hizo un discurso ante estudiantes y profesorado atacando el oscurantismo de la jerarquía católica. Décadas de trabajo académico profesional en Inglaterra, Francia y Alemania demostraron que el *Rig-veda* sánscrito fue escrito mucho tiempo antes que la Biblia. Hábiles egipólogos habían demostrado de manera concluyente que los antiguos egipcios fueron los primeros en postular la existencia de castigos en la otra vida, milenios antes del Antiguo Testamento. La insistencia del Vaticano en que la Creación sucedió en el año 4404 a.C. resultaba ridícula ante las décadas de estudios geológicos que indicaban que el planeta tiene millones de años. Este discurso —impensable en las Filipinas coloniales controladas por órdenes religiosas— enfureció a la jerarquía, aún muy influyente en las universidades españolas. El obispo de Ávila, respaldado por muchos clérigos mayores, inmediatamente excomulgó a Morayta no solo por herejía sino también por menospreciar las gloriosas tradiciones y valores españoles. Para alegría de Rizal, sus compañeros de estudios respondieron con una huelga de dos meses. Más aún, la posición de los estudiantes recibió respaldo público de otros estudiantes, no solo de universidades españolas en Granada, Oviedo, Salamanca, Sevilla, Barcelona, Zaragoza y Valladolid sino también en el resto de la Europa católica, Roma, Boloña y Pisa en Italia, París en Francia y Lisboa y Coímbra en Portugal. Ante esto, el ultraconservador Primer Ministro Antonio Cánovas envió a la policía a arrestar a muchos estudiantes y golpear a otros tantos. Rizal escribió, con orgullo, que había usado tres disfraces para evitar el arresto y se escondió en casa de Morayta. Los filipinos nacionalistas en España, entonces, empezaron a ver a los estudiantes como una fuerza política capaz de crear redes de apoyo internacional en las universidades fuera de España. Para Rizal, quedó claro en ese momento que el nacionalismo era inimaginable sin su medio-hermano el internacionalismo.

Quisiera poner fin a lo argumentado hasta ahora dejando de lado el imperio español católico para hablar de los Países Bajos calvinistas. La gran colonia holandesa que une al Mar del Sur de China, así como los océanos Índico y Pacífico (al lado de las Filipinas) fue conocida durante muchos años como las Indias Orientales, como contraparte a las Indias Occidentales o Antillas en el Caribe. En la última mitad del siglo XIX, un académico alemán poco célebre creó el nombre de *Indonesia* al unir la palabra *India* del latín con la palabra griega *nisos* (νήσος): «isla de los indios». Durante mucho tiempo nadie le prestó atención. Los «nativos» no tenían palabra para esto.

Hacia fines del siglo XIX, unos pocos nativos (todos hombres, nuevamente) fueron enviados a estudiar a universidades en Holanda, financiados por sus adineradas familias o por funcionarios públicos holandeses de buen corazón (llama la atención que esta migración se iniciara casi 40 años después de que los filipinos empezaran a estudiar en España). La migración se vio estimulada por el hecho de que hasta el deceso del régimen colonial a manos del imperio japonés en 1942, no había una universidad en las Indias, solo facultades inconexas de Derecho, Medicina e Ingeniería (en las Filipinas, por el contrario, existía la Universidad de Santo Tomás, fundada en el siglo XVII y aún firmemente en manos de la orden de los dominicos).

En los Países Bajos, estos jóvenes experimentaron el mismo *shock* que los *americanos* y la generación de Rizal. Todo lo que era importante para ellos en casa (identidad religiosa —que podía ser musulmana, católica, calvinista o hinduista—, étnica —docenas de grupos de lenguas distintas—, estatus social —eran hijos de familias aristocráticas, de oficiales burocráticos de clase media, de profesionales independientes, de autoridades religiosas—) no tenía ninguna relevancia en Holanda. La gente con la que socializaban los jóvenes cotidianamente los llamaba «los chicos de las Indias». Sobresalían por el color oscuro de su piel, su «mal holandés» y su extraño gusto para comer. Todos eran estudiantes en un país muy pequeño. Una vez más, las universidades imperiales

en la metrópoli tenían el efecto de eliminar las diferencias de estatus originarias y fomentar la solidaridad generacional. Poco tiempo después formaron su propia organización llamada *Indische Vereeniging* (Asociación india, en holandés), cuyo idioma era, por supuesto, el holandés. En 1922, los miembros decidieron cambiar el nombre de la organización a *Perhimpunan Indonesia* (PI, Asociación de Indonesia). El idioma holandés fue reemplazado por una lengua malaya, los «nativos» fueron erradicados y el nombre de Indias Orientales reemplazado por el concepto imaginado por el poco célebre académico alemán. La PI fue la primera en defender este discurso, aunque fue rápidamente replicado en la colonia. Una vez más, el nacionalismo del campus universitario tenía características internacionales. Un gran número de estudiantes pasó a ser socialista o a involucrarse en movimientos anticolonialistas fuera de Europa, que tenían como héroes a Mahatma Gandhi, Mustafa Kemal Atatürk y Sun Yat-sen. Una ironía final: luego de que Adolf Hitler ocupara los Países Bajos, un grupo de jóvenes estudiantes indonesios de origen aristocrático, que ya era miembro del Partido Comunista holandés, se unió al extremadamente peligroso movimiento subterráneo liderado por los comunistas en nombre del marxismo mundial.

Los indonesios no fueron los primeros ni los últimos. Si uno estudia la evolución de otros nacionalismos anticolonialistas, se puede detectar la misma experiencia y llegar a idénticas conclusiones —es el caso de los indios, ceilaneses, birmanos, ghaneses, senegaleses y, más recientemente, el de Timor del Este, por ejemplo—.

Pero ha llegado la hora de un estudio transnacional mucho más amplio sobre los nacionalismos surgidos en las universidades, no solamente del tipo anticolonial (pues esa era ya pasó). Los estudiantes son una formación social peculiar, organizada (si se da tal organización) como una antijerarquía. Los jóvenes serán estudiantes por poco tiempo —pronto obtendrán sus grados, se casarán, empezarán a trabajar y se perderán en el sistema social general—. La corta vida en el campus

anula la jerarquía, dando lugar a una corta camaradería entre clases, distinta de cualquier otra institución de movilizaciones. Migrantes de la periferia nacional son absorbidos brevemente por esta santa solidaridad. Los estudiantes no se dejan reprimir fácilmente; por encima de todo, ellos son enemigos de Pedro Caloso². No tienen trabajo, no tienen familia, son relativamente libres de hablar y leer sobre lo que ha pasado en la nación y lo que ha pasado en un orden mundial para el cual el nacionalismo es esencial, mas no suficiente. Pero inevitablemente también son una élite nacional, a pesar de su solidaridad interna. Siempre pienso en ellos como «Blitzkriegers» capaces de dar inicio a movimientos sociales masivos, pero a menudo rápidamente absorbidos por nuevas formaciones sociales nacionales de las cuales desean ser los líderes. Están ahí para encender la llama, pero son institucionalmente incapaces de mantenerla encendida por sí mismos. Al mismo tiempo, ningún otro grupo de poder tiene la oportunidad de leer y pensar con tanta libertad sobre el internacionalismo. Es quizá esta la razón por la que en el último siglo ellos se han identificado con la izquierda internacionalista, tanto por buenas como por malas razones. Sin embargo, y hasta cierto punto, debemos confiar en los estudiantes, ya que ellos heredarán el mundo que las generaciones anteriores han depredado.

² Fue el líder de una revuelta campesina, enérgica pero infructuosa, contra el colonialismo estadounidense en Luzón Central, Filipinas, en 1931. A mediados de la década de 1960, siendo ya un hombre mayor, Caloso fue entrevistado por intelectuales de izquierda, quienes le preguntaron cuáles habían sido los más grandes desafíos que tuvo su movimiento en los 35 años anteriores. Una de las respuestas que más llamó la atención fue que dijera que en su movimiento «no había habido adolescentes». En otras palabras, en la sociedad campesina de 1931, los jóvenes tenían poca educación y comenzaban a trabajar o a tener hijos a los diecisiete años. De manera equivalente, él pensaba que la difusión, en el espacio y el tiempo, del estilo de educación americano terminaba por crear una clase de personas «elitistas» que pasaban el tiempo sin trabajar, sin casarse, leyendo y hablando mucho, sin mayores preocupaciones y viviendo de manera inestable. Para mayores detalles, véase Anderson (1998, p. 64).

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict (1998). *The Spectre of Comparisons: Nationalism, Southeast Asia and the World*. Nueva York: Verso.

Anderson, Benedict (2005). *Under Three Flags. Anarchism and the Anti-Colonial Imagination*. Londres: Verso.